

DE LIBROS

● El historiador cartayero Juan Villegas rescata el testimonio de un militar francés en la invasión napoleónica en Huelva y lo enriquece con su análisis

Memorias de un tiempo único

ANDANZAS DE UN OFICIAL FRANCÉS POR TIERRAS DE HUELVA Y SEVILLA (1810-1811)

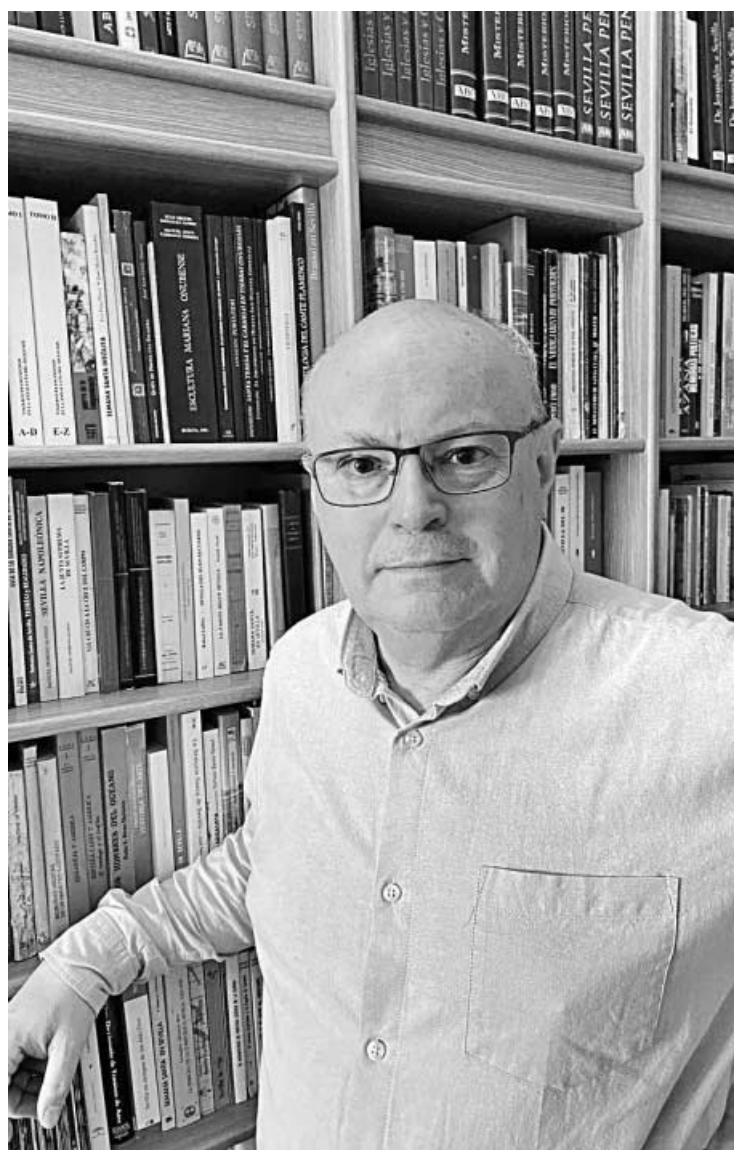
Juan Villegas Martín. Colección Investigación. Serie Historia. Servicio de Cultura de la Diputación de Huelva. Huelva, 2025. xxx páginas. 10 euros.

Cayetano Santana

La obra que nos ocupa debemos agradecerla a la paciente y esmerada labor de un historiador como Juan Villegas, quien nos trae un manuscrito inédito que nos permitirá conocer y disfrutar de estas andanzas de un soldado napoleónico por nuestras tierras; ofreciéndonos de paso la recreación de un tiempo y una época de grandísimo interés histórico y antropológico. Estas *Andanzas de un oficial francés por tierras de Huelva y Sevilla*, obra del profesor e historiador cartayero Juan Villegas Martín, recién editada por la Diputación, contienen lo más granado de las memorias de Joseph François Sanson, un oficial del ejército francés que en su retiro da forma literaria a las notas que ha ido acumulando en sus campañas militares. Aquí Sanson sigue en parte la estela del entusiasmo romántico, tan característico de los viajeros franceses. El humanista, el ilustrado, el escritor se esfuerza por contarnos unos acontecimientos que cree únicos en una tierra única y los va acompañando de reflexiones sobre la cultura y la vida que va conociendo, enriqueciendo así su particular relato.

Esta obra es como un dueto, si valoramos la labor que realiza Juan Villegas, labor de selección, traducción, contextualización, comentario y análisis, junto con el valor literario que atesora el documento original, el que escribe un maduro Joseph Sanson a partir de las múltiples notas que fue recogiendo, cuando con tan solo 22 años conoció su bautizo de armas por tierras de nuestra Andalucía, entre Sevilla capital y gran parte de la provincia de Huelva.

Estamos ante el testimonio de un militar ilustrado que formó parte del ejército francés que invadió la península a partir de 1808. Estas *Andanzas* recogen pues unas memorias, un género literario que conocerá una explosión concomitante con su época tan henchida de grandes y desconocidos cambios. Digamos algo sobre este periodo histórico, cu-



El profesor e historiador cartayero Juan Villegas Martín.

ya conciencia de singularidad hará que algunos destacados protagonistas aspiren a dejar por escrito cumplida constancia de su trascendencia. Los memorialistas eran plenamente conscientes de ser testigos y actores de unas circunstancias extraordinarias. ¿A qué nos referimos? Nada más y nada menos que a la emergencia de un tiempo de cambios tan espectaculares que provocarán el derrumbamiento de gran parte del orden conocido. Tanto el orden político, militar, religioso, económico e ideológico, todo aquello que marca la sociedad sufrió una convulsión propia de tiempos de revolución (y poco o nada de evolución).

La vida de los individuos se verá no solo zarandeada, sino impulsada o golpeada por estas nuevas y poderosas fuerzas, políticas, militares y, claro es, ideológicas, puesto que por descontento detrás de todas esas fuerzas anidaban las ideas. Unas ideas que harán emerger un mundo nuevo:

el mundo moderno de tan profundas aceleraciones. Como resultado, se modificarán los fundamentos de lo que hasta entonces se tenía como intocable, un orden político-social cuasi divino. Se tambalea un mundo, el Antiguo Régimen y el absolutismo, y pugna por surgir uno nuevo, con sus aspiraciones a una sociedad igualitaria.

Las embestidas de este nuevo orden se llevarán por delante un alto precio, principalmente causado por las guerras y su consabido sacrificio en vidas, calamidades sin cuento, orden y paz. Siendo esto así, poco podemos extrañarnos que sus protagonistas, los más, las humildes gentes que ansían poder vivir con su esfuerzo diario, pronto suspiren por lo que Joseph Sanson nos traslada de boca de un lugareño de la Sierra de Huelva, sufrido, como tantos, de los estragos de la guerra y la consiguiente falta de escrúpulos de la soldadesca.

¿Cuándo se acabará esta maldita guerra?, nos decían. Es sin du-

da un castigo que el cielo nos envía por nuestros pecados. Después de todo, ¿qué nos importa que sea Pedro o Pablo quien reine sobre nosotros, que sea Fernando o José? La paz, la paz, señor oficial, eso es lo que deseamos.

¿Será acaso que la vida de los más, de las humildes gentes de los pueblos y ciudades, transcurre en otra dimensión que la de aquellos que juegan en las alturas de las ideas y la política? La emergencia de la Ilustración, la Revolución y el bonapartismo supondrá sin lugar a dudas una profunda aceleración de la Historia, como si se hubiera decidido comandar el rumbo futuro de la sociedad para hacer emerger un tiempo nuevo que se imagina preñado de los grandes ideales: progreso, laicismo, igualdad, libertad, fraternidad...

El mundo de antes se comenzará a ver antiguo, un mundo que fenece y que parecía inspirado en un arriba y un abajo bien definidos. Ese mundo ha de morir—nada de ir muriendo poco a poco—para hacer nacer algo así como un feroz parto de los montes. La máquina de los cambios parecía ponerse a cien por el poder del gran emperador, el conquistador Napoleón, heredero de un revolución que aspiraba a enderezar y a aquilatar con su poder y, claro está, contando con un poderoso ejército. Y la contrapartida no podrá ser otra que muertes, asolamientos, dolor y sacrificios...

Desde Francia llegarán los soldados como instrumentos del nuevo poder imperial. Estas memorias, escritas por uno de esos soldados, nos permiten ver los movimientos que el ejército francés se verá obligado a realizar a partir del hostigamiento de las sedicentes tropas españolas, las cuales ejecutan una labor de desgaste y acoso en los frentes más inestables de Huelva, dado que gran parte de nuestra provincia jamás llegó a ocuparse de forma permanente.

Las fuerzas invasoras, en las que participa el joven Joseph Sanson, habrán de sostenerse, como está mandado, con las aportaciones y requisas de bienes y propiedades de las zonas ocupadas. Los sacrificados soldados franceses, lejos de su hogar, pagados tarde y mal, verán con buenos ojos aprovecharse de aquello de lo que tengan menester, incluyendo no solo los bienes, sino a veces las mismas mujeres, que no dejan de ser parte de un presunto merecido botín que arrebató a los enemigos, los retrasados y

desagradecidos resistentes españoles.

El primer gran contraste que se nos impone al leer la obra tiene que ver con la distancia que media entre salvar España de su atraso, a partir de las conquistas revolucionarias, y los medios que se emplearán: la guerra, la ocupación, el dominio, la imposición y la rapiña... El viejo comandante—quien escribe en su retiro y senectud a partir de sus notas—reparará en lo terrible de esta contradicción y también en su más que probable fanatismo de juventud, porque el fanatismo de los ocupantes no parece menor que aquel que se suponía en la religiosidad católica que subyugaba la vida española.

En la obra encontramos otros llamativos contrastes, como el que se da en Sevilla, ciudad en la que nuestro militar será acogido en casa de un notario de la calle San Eloy, donde se hospedará excelentemente bien tratado, incluso con familiaridad. Los españoles llamados afrancesados, cultos y urbanos, tendrán otra percepción de los

Esta obra es como un dueto, por la labor de Villegas y el original de Joseph Sanson

gabachos; al menos en comparación con el temor y el odio que se les profesaba en los pueblos que eran objeto de los desmanes de la soldadesca invasora.

Y cómo no recordar esa viva fuente de contrastes que es la guerra en su conjunto. La guerra—al menos la convencional y a caballo como las de aquel entonces—no borra la humanidad, ni para lo bueno ni para lo malo, porque el contacto de los unos con los otros exige convenios y acuerdos, inclusive para minimizar los daños, a pesar incluso de las grandes diferencias de fuerza y roles. Encontramos también la necesidad de los negocios y el papel del dinero, los intercambios de las llamadas cantineras, que hacen su agosto comerciando, tanto recomprando lo robado como surtiendo a los soldados... Se trata de la vida que con todas sus urgencias y miserias jamás se para.

Juan Villegas nos acompaña en lo mejor de este relato, en esta indagación de una época y un testimonio que no nos deja indiferentes, puesto que nos plantea dilemas y reflexiones sobre un tiempo de nuestro pasado y sobre las actitudes de sus protagonistas. En el fondo nos habla de la condición humana, una condición tan predecible como impredecible, así en la paz como en la guerra.

Quedáis invitados a disfrutar de esta obra y acompañar al narrador, lúcido y culto, junto a la labor del escritor, Juan Villegas, que sabe transmitirnos de un modo magnífico lo más valioso y enriquecedor de este no menos magnífico documento.